

Libro de relatos y microrrelatos



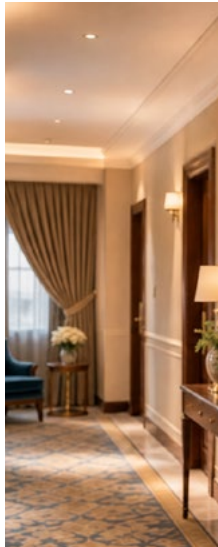
Historias
que nos
unen

Historias que nos unen

Recopilación de historias participantes en el concurso de
relatos y microrrelatos de *Historias que nos unen*

El equipaje del alma

Andrés Madrid



El hotel, en el corazón del Eixample barcelonés, olía a cera de pisos antiguos y a café recién hecho.

Yo estaba allí por trabajo, abrumado por reuniones y presentaciones, y mi única vista a la ciudad eran los trayectos en taxi entre la fachada modernista del hotel y las torres de cristal de la Zona Franca. La última noche, exhausto, bajé al pequeño bar de madera oscura. A esa hora, solo había un hombre mayor sentado en un taburete, con un traje impecable y un vaso de coñac frente a él.

Me senté un par de asientos más allá. Mientras el barman me servía una cerveza, observé al hombre. No leía, no miraba el teléfono. Solo contemplaba su vaso, y de vez en cuando, su mano derecha acariciaba el brazo de su chaqueta, como si buscara algo que ya no estaba allí. De repente, se giró hacia mí. Sus ojos eran de un azul desvaído, llenos de una cortesía antigua.

—Disculpe la indiscreción —dijo con un acento que no era del todo español—.

—Veo que lleva usted un cuaderno. ¿Es escritor?

—No, solo tomo notas para el trabajo —respondí, mostrándole la libreta llena de gráficos.

Asintió, con una sombra de decepción. Luego, hizo un gesto al barman, que sirvió dos copas más de coñac y puso una frente a mí.

—Hace treinta años —comenzó, sin preámbulos—, me alojé en esta misma habitación, la 42. Vine con ella, mi mujer. Era nuestro viaje de bodas. Una tarde, tras visitar la Sagrada Familia, discutimos por una tontería, aquí, en este mismo bar. Ella subió furiosa a la habitación. Yo me quedé bebiendo, orgulloso.

Hizo una pausa; su mano volvió a rozar la manga.

—Cuando subí, horas después, la encontré dormida. Sobre la mesilla, había dejado un billete de tren a París, donde vivíamos, y una nota que decía: 'Decide si subes'. Metí el billete en el bolsillo de esta chaqueta —dijo, tocando el lado izquierdo—. Es la misma. Y subí.

Bebió un sorbo.

—Ella murió el invierno pasado. Hoy he venido desde París solo por esto: por sentarme aquí, por subir a la habitación 42, y por sacar, por fin, este billete del bolsillo.

Metió la mano en el interior de la chaqueta y extrajo un rectángulo de papel amarillento, doblado y desgastado por el tiempo. Lo desplegó con ternura sobre la barra, alisando sus bordes con los dedos. Los sellos de la estación de Francia de 1993 eran todavía visibles.

No dijo nada más. Yo tampoco.

Bebimos nuestro coñac en silencio, mientras el papel, ese equipaje de un viaje no tomado pero eternamente decidido, descansaba entre nosotros como la reliquia más verdadera. Al despedirme con un leve gesto, él me sonrió. Por primera vez, su mano estaba quieta sobre la barra, liberada.

Mi paso por el hotel

Pedro Jaime Moreno



Empecé en marzo, cuando el Hotel aún parecía desperezarse del invierno. El mar, justo enfrente, seguía teniendo ese color serio de los meses fríos, y el buffet amanecía cada día en silencio, esperando a que alguien le diera sentido.

Yo también estaba empezando: uniforme nuevo, manos torpes y la sensación de estar entrando en un lugar que todavía no conocía, pero que pronto sería rutina.

Ser camarero de buffet no es solo reponer bandejas o limpiar mesas. Es aprender a moverte antes de que el día empiece para los demás. A las seis y media de la mañana, mientras el sol aún no asomaba por el paseo marítimo, nosotros ya

alineábamos platos, comprobábamos temperaturas y vigilábamos que nada faltara. El desayuno, lo aprendí pronto, no admite errores: un café frío o una bandeja vacía pueden estropear un día entero.

Con el verano, el hotel se llenó de vida. Llegaron los acentos extranjeros, los clientes fieles de siempre y el murmullo constante del comedor lleno. Aprendí a reconocer miradas antes que palabras: quién quería leche fría, quién esperaba que el beicon estuviera bien hecho, quién sonreía solo con que le desearas buenos días. En el buffet uno aprende a estar sin hacerse notar, a formar parte del engranaje del hotel como si siempre hubiera estado allí.



El momento especial llegó en octubre, cuando el ritmo bajó y el hotel recuperó su calma. Aquella mañana entró una pareja mayor, cogidos del brazo. Caminaban despacio, con esa serenidad que solo da el tiempo compartido. Eligieron una mesa junto a la ventana, desde donde el Mediterráneo parecía más cercano.

Mientras reponía fruta, los observaba: él apartó la silla para que ella se sentara, ella le sonrió como si aún fueran jóvenes. Cuando me acerqué a retirar los platos, me pidieron algo poco habitual para un desayuno: dos copas pequeñas de cava. Dudé un instante, pero acepté. Al regresar, él levantó la copa con cuidado.

—Hoy celebramos veinticinco años —me dijo—. Los mismos que tiene el hotel.

Ella añadió, emocionada:

—El hotel se inauguró el año que nos conocimos. Desde entonces volvemos siempre que podemos.

Me explicaron que el hotel había cambiado con los años, igual que ellos, pero que seguía siendo su lugar especial. Que no necesitaban

lujo, solo esa vista, ese desayuno tranquilo y la sensación de volver a un sitio que forma parte de su historia. Brindaron despacio, sin prisas, como si quisieran retener el momento. Antes de marcharse, me llamaron. Él me entregó una servilleta doblada.

—Gracias por acompañarnos hoy —dijo. La abrí más tarde. En ella había escrito: “Los lugares no se miden por los años, sino por los recuerdos que guardan. Hoy, gracias a ti, celebramos los nuestros.”

Ya estamos en enero y el comedor estaba casi vacío, como en mis primeros días. Limpié el buffet por última vez, apagué las vitrinas y miré el mar desde la misma ventana donde aquella pareja había brindado. Pensé en todo lo vivido en esos meses: madrugones, cansancio, aprendizaje y pequeños momentos que no salen en ninguna guía turística. Entendí entonces que el hotel, con solo veinticinco años de historia, ya estaba lleno de recuerdos. Y que, aunque yo solo había pasado allí de marzo a enero, también había dejado una parte de mí entre esas mesas, esas bandejas y esas mañanas frente al mar.

Mi huida y mi salvación

Helena García

Dejé la relación una mañana cualquiera, pero no volví a mí hasta mucho después. No supe quedarme, así que aprendí a irme. Durante un año viajé todos los meses a un lugar distinto. España fue mi huida y, sin saberlo, mi salvación.

Los hoteles se convirtieron en mi refugio. Entrar en uno después de un día largo era volver a un lugar donde nadie esperaba nada de mí. El pasillo en silencio, la luz tenue, el sonido amortiguado de mis pasos.

Abría la puerta despacio y, al cerrarla por dentro, algo en mí se aflojaba. Dejaba la maleta en el suelo, como si ya no pesara tanto, y me sentaba en la cama sin quitarme el abrigo, solo para sentir que había llegado.

En esas habitaciones aprendí a descansar. La ducha caliente era un abrazo, las sábanas limpias una promesa. Me emocionaban detalles mínimos: una toalla doblada con cuidado, una mesilla ordenada, el murmullo lejano de una ciudad que no me conocía. Allí podía llorar sin ruido, dormir sin miedo, existir sin explicaciones.

Viajar me enseñó a comer despacio platos nuevos, a beber vino sola sin sentirme incompleta, a entender que cambiar de lugar no cura el dolor, pero lo vuelve habitable. Cada hotel fue una pausa. Cada noche, un pequeño paso hacia mí.

Hoy recuerdo aquel año como el momento en que me reconstruí. Aprendí que viajar siempre llega bien, cuando estás rota o cuando estás entera. Y que a veces, todo lo que necesitas para volver a empezar es una habitación tranquila y una puerta que se cierra por dentro.



Sombras

Jesús Rubio

En el hotel, mi sombra bailaba sola. No sentí miedo; su elegancia era magnética. Un vals eterno entre dos realidades.

La sombra se desprendió de mis pies, moviéndose con una gracia líquida sobre el papel tapiz dorado. No había frío, solo un perfume a jazmín antiguo. Me tendió la mano y, al rozarla, sentí un chispazo de paz pura. Bailamos en un silencio absoluto, habitando un umbral donde el tiempo dejó de existir. El papel tapiz del pasillo parecía respirar.

En este hotel, las paredes guardan ecos de 1920 y mi sombra lo sabía. Se movía independiente, acariciando las molduras de caoba con una elegancia que yo nunca tuve.

El Gran Hotel no solo aloja cuerpos; invita a las almas a desprenderse de su peso.



Libretas llenas, copas vacías

Santiago Sánchez



Es lo bueno de viajar en temporada baja, cuando nadie quiere irse de vacaciones. Ahí está sentado en una silla de la terraza de la habitación, mirando a la playa del hotel. Con la mano izquierda coge el vaso de whisky. Al levantarlo, los hielos hacen que el cristal resuene en el silencio de la noche.

En temporada alta está imagen hubiera sido difícil de recrear, menos aún viajando solo. Pero en esas fechas, fuera de fines de semana, fuera de julios y agostos, de puentes, de semanas santas, siempre le dejaban las mejores habitaciones. Como aquella, grande y con vistas. Hay algo en las habitaciones de hotel que le inspira.



Después de dar un sorbo y dejar el vaso de nuevo en la mesa, abre una libreta y toma alguna nota. Aquello se convertirá en un relato, quizá en un libro, quién sabe cómo acabarán los derroteros de la inspiración. Mira a su lado, a la silla vacía. Es una habitación para dos aunque esté solo. Le gusta la soledad, no le importa viajar así, le inspiran estas situaciones, adora el silencio y la tranquilidad pero... pero aún así, si ella estuviera allí, a su lado, todo sería mejor.

Sigue escribiendo algo en la libreta. Está tentado de acercar su mano al teléfono móvil, hacer una foto, mandársela, decirle «ojalá estuvieses aquí». Pero rompería el momento, lo sabe. Es mejor concentrar toda esa melancolía en la libreta.

Vuelve a dar un sorbo al whisky con hielo. Siente como ese placer quemazón baja por la garganta, le calienta el estómago en una noche fresca. Pronto hará frío. Ha ido en el momento justo, piensa, para evitar la masificación turística, por un lado, y el frío húmedo del invierno cántabro, por otro. Se escucha el mar. Sus ojos, ya acostumbrados a la oscuridad después de un rato en esa terraza sin luces, pueden ver las olas que llegan al hotel.

Otro sorbo, otro párrafo.

Un par de personas pasean a sus perros allí, al final de la playa. Mira el reloj. El bar del hotel aún está abierto. Mira la silla de al lado, vacía. Mira el vaso, solo quedan los hielos. Mira la libreta, llena. Quizá es hora de bajar al bar, siempre hay gente interesante en el bar de un hotel, siempre hay historias que escuchar o que contar. Quien sabe, quizá hasta pueda ahuyentar a la misma soledad.

Mira hacia la playa mientras se levanta, hacia los paseantes de perros, y les hace un gesto con la copa vacía, un brindis desierto que nadie ve en la noche, justo antes de salir de la habitación.

Volver siendo dos

Jennifer Torres

Era Navidad de 2024 cuando llegamos a La Palma.

En una isla los días se alargan sin darte cuenta. Carreteras que suben y bajan, parar en cualquier mirador, caminar más de lo previsto. Todo te va llevando sin prisa.

Al final del día siempre volvíamos al mismo hotel. No porque fuera especial al principio, sino porque ahí descansábamos. Quitarnos el polvo, dejar la mochila en el suelo y parar un rato.

La habitación se convirtió en ese punto fijo al que regresar después de tanto moverse. Nuestro hogar durante esos días.

Llegamos siendo amigos.

Y ese hotel, sin buscarlo, fue testigo de cómo volvimos siendo pareja.

Desde entonces, cada vez que regresamos a la isla, volvemos también a ese mismo hotel.

Porque viajar también es parar.

Y a veces, el lugar al que siempre vuelves se queda contigo.



El viaje que nos acercó

Fran Antón

Fue el primer viaje que hice con ella. A pesar de conocernos de toda la vida, yo iba nervioso, con esa mezcla de ilusión y miedo a que algo no encajara.

Llegamos al hotel después de un día largo, de caminar sin parar, descubrir sitios nuevos y compartir silencios cargados de expectativas. El cansancio pesaba, pero la emoción más.

El hotel estaba en un pueblo tranquilo de España. No era lujoso, pero tenía esa calma que se agradece al cruzar la puerta. Luz cálida, silencio, olor a limpio. Dejar las mochilas en la habitación, cerrar la puerta y sentarnos un momento fue como soltar todo el día de golpe. Allí empezó de verdad el viaje.

Esa noche pedimos una botella de vino. La primera del viaje. La bebimos despacio, sin prisas, comentando el día, riéndonos de cualquier tontería. El vino sabía mejor porque el cuerpo estaba cansado y la cabeza en paz. El hotel lo hacía todo más fácil, más íntimo. Dormimos profundamente.

A la mañana siguiente supe que aquel viaje había marcado un antes y después. Con el tiempo he aprendido que hay hoteles que no se olvidan, porque no solo te alojan: guardan momentos. Ese fue uno de ellos.



Chocolate con churros

Lorena de Gregorio



La fachada resplandecía entre la niebla. La inconfundible cencellada zamorana reposaba mullida sobre las rejas de la ventana. Un antiguo y elegante letrero de 'Hotel' coronaba la puerta. El acogedor rrellano se intuía tras los cristales empañados de la entrada. Me paré frente a este acceso, cogí aire y lo solté de forma liberadora. El vaho rebotó contra mi bufanda de lana y humedeció mi congelada nariz.



Recordé la calidez del ambiente interior y avancé con mi pie derecho. El ventanal se separó para permitirme el acceso. Pisé el primero de los tres escalones cubiertos por una alfombra roja, continúe subiendo y al fin noté el calor y el olor a hogar. No podía creer que hubiera pasado tanto tiempo. Esta vez no había nadie en la recepción, pero el aroma que provenía de la cocina era inconfundible. "El chocolate caliente y los churros recién hechos son la mejor forma de combatir el frío", decía siempre mi abuela.

Solté mi mochila en el suelo, relajé mis hombros y cerré los ojos para transportarme a ese último invierno que pasé con ella. La vi sonreírme mientras me servía una taza. "Esto nos calentará el cuerpo para pasear por la nieve", me dijo. "Y podremos hacer un muñeco?, yaya", le pregunté yo. "Solo si no te quitas la ropa de abrigo para ponérsela", concluyó riéndose mientras me colocaba el cuello de la chaqueta.

"Buenos días, señorita. ¿Puedo ayudarla?", escuché repentinamente tras de mí. Volví de golpe al momento actual y me giré para ver a quién pertenecía esa voz tan familiar. No reconocí su rostro, pero no pude evitar sentir cercanía y confianza en su mirada y su sonrisa. "Buenos días. Soy Luz, la nieta de la señora Milagros", respondí. Y entonces un agradable escalofrío recorrió mi cuerpo y me dibujó una tímida sonrisa.

Una semana que se quedó para siempre

Ana Villar



He tenido la suerte de viajar y alojarme en hoteles increíbles, de esos que te regalan momentos bonitos y recuerdos que aparecen sin avisar. A veces surgen en una conversación cualquiera, otras cuando estás sola y algo te transporta al pasado. Entonces vuelven las risas, las miradas cómplices, las historias que se repiten una y otra vez porque fueron felices. Esos recuerdos que, sin darte cuenta, te dibujan una sonrisa. Pero esta historia no es solo un buen recuerdo. Esta historia es especial. Es una de esas vivencias que se quedan guardadas muy dentro, en ese lugar del corazón al que siempre quieres volver.

Ocurrió hace unos años, en pleno verano. De esos veranos en los que el calor aprieta y, cuando piensas

en escapar unos días, solo hay un destino posible en tu cabeza: el mar. Y sí, nos fuimos a la playa.

Mi madre fue la encargada de elegir el hotel. Como siempre. Y como casi siempre, acertó de lleno. Tiene ese don especial para encontrar lugares que no solo son bonitos, sino que se sienten bien desde el primer momento. Nada más llegar, nos recibieron con una sonrisa. Todo fue rápido, fácil y cercano, como si nos estuvieran esperando.

Dejamos las maletas y salimos a recorrer el hotel, con esa ilusión que solo se tiene el primer día de vacaciones. Era enorme, luminoso, lleno de vida: gimnasio, spa, sauna, varias piscinas... Recuerdo pensar: "guau, ama, tú sí que sabes elegir".

Y entonces lo vimos: la playa justo enfrente. Ahí supe que esa semana iba a ser especial.

Por las noches, llegaba uno de mis momentos favoritos. Mi madre había reservado media pensión, así que cada cena era casi una pequeña celebración. Entrar al buffet era como entrar en otro mundo: colores, olores, sabores... una variedad infinita de comida que hacía que se te olvidara todo lo demás. Cada noche era diferente: paellas, tacos, pasta... y todo estaba delicioso. Pero el día no terminaba ahí. Después de cenar, el hotel se transformaba.

En el bar al aire libre había espectáculos todas las noches: música en directo, teatro, conciertos. Nosotros pedíamos unos cubatas, sacábamos las cartas y jugábamos al UNO, riéndonos sin mirar el reloj. Eran risas de verdad, de las que nacen cuando no hay prisas ni preocupaciones. Y no, no todo era comer (aunque se comía muy bien).

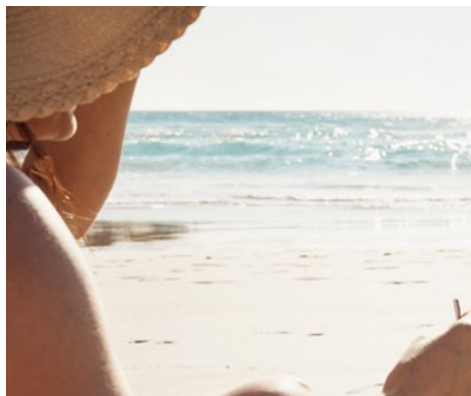
Las mañanas empezaban despacio, como deberían empezar siempre. Después de desayunar, nos íbamos a las hamacas a leer, a tomar el sol, a simplemente estar. El hotel tenía dos zonas de piscina, una para niños y otra solo para adultos, así que la tranquilidad era absoluta. Ese silencio roto solo por el agua y el viento no tiene precio.

Algunas tardes paseábamos todos juntos por la orilla del mar, otras me iba a patinar con mi hermano,

sintiendo esa libertad que solo se tiene en vacaciones. También dábamos paseos por el pueblo, a solo cinco minutos caminando, disfrutando de las vistas, del ambiente y de esa sensación de no tener que ir a ningún sitio concreto.

Una de esas tardes fue especial por un motivo distinto: era mi cumpleaños. Salimos de compras y entramos en una tienda pequeña. La dueña nos atendió con una cercanía que no se olvida. Cuando fui a pagar un bolso que me había gustado, hizo algo que, en apariencia, era muy sencillo: me ató una pulsera de hilo en la muñeca. Mientras lo hacía, me miró y me dijo: "Esta pulsera te va a dar mucha suerte." Puede parecer una tontería. Pero para mí no lo fue. Han pasado al menos cuatro años desde aquel día y esa pulsera sigue conmigo. Nunca me la he quitado, nunca se ha roto. Cada vez que la miro, recuerdo a aquella mujer, ese instante, esa semana. Y siempre deseo que la vida también le haya devuelto a ella toda esa suerte que me regaló en unas pocas palabras.

Esa semana fue divertida, tranquila y profundamente feliz. Porque al final, cuando eliges un hotel, no buscas solo un lugar donde dormir. Buscas descanso, paz, desconexión. Buscas olvidarte por unos días del mundo y crear recuerdos que te acompañen siempre. Y aquel hotel no solo cumplió con eso... lo superó. Consiguió algo mucho más valioso: convertir una simple estancia en un recuerdo eterno. #HistoriasQueNosUnen



Cuando todo se detiene, algo empieza

Teresa Gonzáles



Llegué al hotel con una maleta demasiado grande para el poco equipaje que llevaba dentro. No era solo ropa: era miedo, incertidumbre, una ciudad que sentía que me expulsaba y una pregunta constante martilleándome la cabeza: ¿y ahora qué?.

Hacia apenas unos días había dejado mi trabajo. Durante semanas había seguido el mismo ritmo frenético, como si nada hubiese cambiado, hasta que el cuerpo y la mente dijeron basta. La ciudad empezó a asfixiarme: los semáforos, el ruido, las conversaciones aceleradas... Por eso tomé la decisión de marcharme, aunque no tuviera un plan claro. Necesitaba silencio. Necesitaba tiempo. Necesitaba aire.

El hotel se encontraba en un rincón tranquilo rodeado de naturaleza, lejos de las prisas. Desde el primer momento supe que no era un lugar cualquiera. No por el edificio en sí —que tenía ese encanto discreto de las cosas bien cuidadas—, sino por la forma en que me recibieron. En la recepción no hubo preguntas incómodas ni sonrisas automáticas. Solo una bienvenida serena, una mirada atenta y una frase sencilla: —Aquí puede ir despacio. No sabía cuánto necesitaba escuchar eso.

Mi habitación daba a un paisaje abierto y a un cielo que parecía más amplio que el de la ciudad. Abrí la ventana y respiré hondo, como si llevara meses sin hacerlo de verdad. Por primera vez en mucho tiempo, no sentí la urgencia de hacer nada.

Los días empezaron a transcurrir con un ritmo distinto. Desayunaba sin mirar el reloj, saboreando cada cosa como si fuera la primera vez. El personal del hotel parecía entender, sin que yo dijera nada, que necesitaba calma. Una camarera me recomendó un sendero cercano “para caminar sin pensar”. El hombre del mantenimiento me habló de los cambios de luz al atardecer, como si compartiera un secreto. En cada gesto había una atención sincera, una humanidad que no se aprende en manuales.



Salía a caminar cada mañana. La naturaleza me envolvía sin exigirme nada. Simplemente estaba allí. Poco a poco, el nudo en el pecho fue aflojándose. Por las tardes regresaba al hotel cansada, pero ligera. Me sentaba en uno de los espacios comunes, donde otros huéspedes leían, charlaban en voz baja o simplemente miraban por la ventana. No había prisa por llenar los silencios. A veces cruzaba unas palabras con desconocidos que, sin saberlo, me devolvían algo de confianza en las personas. Historias sencillas, risas contenidas, miradas cómplices.

Una noche, mientras el cielo se llenaba de estrellas, comprendí algo importante: no estaba huyendo, estaba cuidándome. Había tomado una decisión valiente, aunque no tuviera todas las respuestas.

El miedo seguía ahí, pero ya no me paralizaba. Había aprendido que bajar el ritmo no es rendirse, sino escucharse.

Cuando llegó el momento de marcharme, cerré la maleta con algo más que ropa. Me llevaba serenidad, fuerza y una confianza nueva en el futuro. Al alejarme, miré una última vez el hotel y pensé que hay lugares que no solo te alojan: te sostienen. Y, a veces, eso es exactamente lo que uno necesita para volver a creer en el camino que tiene por delante.

Nuestro primer viaje

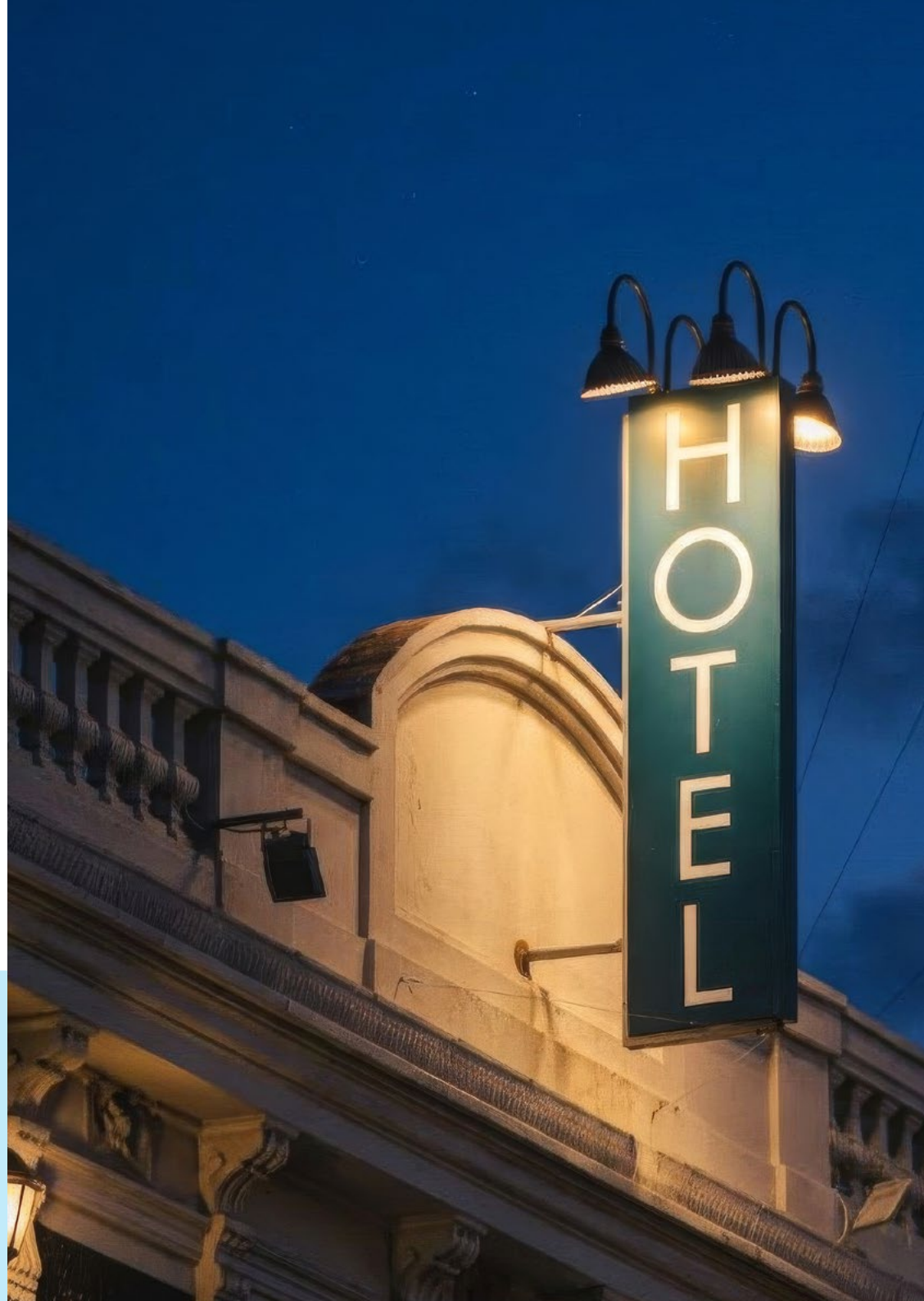
Nuria Garcia

Llegamos de noche, con las manos entumecidas por el frío y el cuerpo cansado de curvas que aún seguían vibrando dentro. La carretera se nos había quedado pegada a la piel. La moto crujió al apagarse, exhausta, como si tampoco quisiera que el viaje terminara.

Ávila nos recibió en silencio, con esa calma que solo existe cuando el mundo duerme. La habitación fue refugio: dejar caer las botas, las chaquetas y a nosotros mismos, rendidos en la cama, con la certeza tranquila de haber llegado.

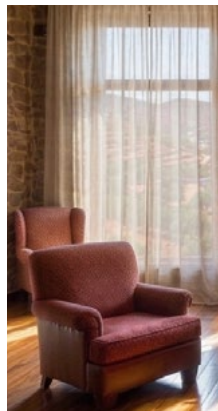
El amanecer llegó despacio. Unos pocos rayos se colaron tímidos por la ventana, dibujando luz sobre la pared y sobre nosotros. Nos levantamos sin hablar, como si las palabras pudieran romperlo todo.

Abrimos el balcón y el frío del otoño nos atravesó la piel: limpio, real. El bosque se extendía delante, quieto, infinito, respirando con nosotros. Respiré hondo. Sentí paz. Sentí hogar. Y supe que ese instante suspendido, ese silencio compartido, sería siempre un lugar al que regresar.



La Casa del Gobernador

Mayte Vañó



Llegué a la isla con 21 años recién cumplidos, el título de Turismo en la maleta, y el alma llena de proyectos. Ni en los mejores sueños de mi romántica personalidad había imaginado nunca una oportunidad como aquella, de dirigir el hotel en que se había convertido la Casa del Gobernador de la isla más pequeña habitada del Mediterráneo.

Elegí la habitación número 13 como alojamiento personal mientras llegase la temporada alta, a sabiendas de que sería la última habitación en

ocuparse; era la más pequeña, pero además tenía claro que los clientes la evitarían, de ahí que muchos hoteles obvien el trece en su numeración.

Aunque parezca increíble, teniendo en cuenta mi osadía al aceptar aquel puesto de trabajo, soy de naturaleza miedosa, de esas personas que van deprisa por las calles oscuras y tienen el corazón a mil hasta que cierran la puerta de casa tras de sí cuando regresan tarde por la noche. Pero podía más mi ambición y mis ganas de aprender.

En aquellos primeros días de temporada baja, en los que la mayoría de las noches de la semana era la única huésped del hotel, mantenía encendidas todas las luces del gran salón de paredes de piedra hasta justo la hora en que me iba a dormir, y al llegar la hora corría hasta mi habitación, cerraba la puerta con llave y me tapaba con la sábana hasta las cejas, como si aquello pudiera protegerme... ¿De qué? ¿De los piratas y forajidos que ya no calaban en la isla? ¿De los fantasmas de los habitantes de aquella casa, que hacía años que descansaban en el cementerio, en Cabo Falcó, la punta más lejana de la isla? Bendita juventud, y bendito el trabajo duro, que me protegió de las noches en vela mientras duró mi aventura en la isla.

Rogué a los isleños que no me contasen historias de miedo o leyendas acerca de la Casa del Gobernador y las gentes que la habían morado, para evitarme pesadillas que sólo harían más difíciles mis noches. Pero al simpático Manuel, en una de nuestras conversaciones sobre las costumbres de sus antepasados, se le escapó la historia del túnel que debía partir justo del centro de la casa, bajo alguna de las grandes losas del suelo. El túnel había sido construido para ofrecer una vía de escape al gobernador de la isla en caso de ataque, y conectaba

la casa con la Cova del Llop Marí (La Cueva del Lobo Marino), una cueva que se abría al mar a pocos metros del hotel, bajo el acantilado. La historia era seguramente cierta, ya que toda la isla estaba horadada por túneles, que fueron utilizados en su día por piratas y soldados. Pero actualmente no eran practicables, por haber sido inutilizados al sellar o volar sus entradas, como pude comprobar más adelante, al adentrarme un día en la Cova del Llop Marí (pero esa es otra historia...).

En aquel entonces, yo devoraba libros, no sólo leía. Y siendo prácticamente una adolescente, buscaba siempre novelas que tuvieran una historia de amor como hilo narrativo central. En aquella isla, yo era la protagonista de una maravillosa novela; me encantaba pasear por las murallas al anochecer, completamente sola, escuchando el tintineo de los mástiles y sintiendo la brisa del mar en el rostro, observando las luces de tierra firme, allá, a lo lejos... Las noches de viento o lluvia las olas golpeaban con fuerza contra las rocas, y el espectáculo era verdaderamente impresionante, me llenaba el alma.

Pero una noche la tormenta era mucho más fuerte de lo normal. Los barcos que unían la isla con la península no habían podido operar en todo el día, y en la isla no seríamos más de veinte personas.



Cayó la noche y yo seguí mi ritual de siempre: apagué todas las luces, corrí a mi habitación, cerré la puerta con llave, me tapé hasta el nacimiento del pelo... Pero el sonido del viento era atronador, y de pronto escuché un gran golpe, y el viento sonar aún más fuerte bajo la escalera.

Sabía de qué se trataba. La planta baja del hotel, de gruesos muros de piedra, se abría al mar en tres de sus fachadas con grandes puertas, que en su día serían seguramente de madera, pero que durante la restauración se habían solucionado con unos portales de aluminio,

que difícilmente soportaban los embates del viento. Ya me había sucedido en alguna ocasión que una fuerte ráfaga había abierto de golpe alguna de las puertas, a pesar de estar echado el pestillo.

Así que me armé de valor. Me puse un batín, cogí una linterna, y bajé las escaleras, corriendo hasta llegar al cuadro de luces para poder prenderlas todas. El espectáculo era dantesco: dos de los grandes portales estaban abiertos de par en par, las largas cortinas volaban hacia el techo, y el sonido atronador de la tormenta lo inundaba todo.



Fue la adrenalina la que me hizo actuar, supongo: entré en el almacén de la cocina y saqué una a una todas las bombonas de butano que había, para apuntalar las puertas más expuestas al viento.

Y en uno de mis viajes de desesperados del salón a la cocina, mojada por el sudor y la lluvia, el pelo atolondrado y el corazón latiendo a mil, al pasar sobre una de las grandes losas, en el centro del salón, lo sentí.

Supe que allí estaba la entrada al túnel.

Pude sentir claramente bajo mis pies el embate de las olas, esa sensación de que había agua justo debajo. Y, sobre todo, el olor. Ese olor fuerte a mar, el olor del viento cargado de salitre y aroma a posidonia

marina. Y me vinieron a la mente cientos de imágenes de piratas, de gentes refugiadas entre aquellas paredes de piedra, de olores y sonidos de otros tiempos. Y SENTÍ, de verdad, la historia viva de la isla.

A partir de aquel día, aprendí a reconocer otros pequeños signos de aquel túnel al mar; el aroma ya más sutil que se percibía justo sobre esa losa del suelo, el color apenas débilmente diferente de la piedra, la sensación, que quizás sólo yo tenía al pisarla. De otros tiempos, de otras vidas. Y que ya no me abandonó jamás mientras estuve en la isla.

Nota de la autora: Esta historia no está basada en hechos reales, sino que son hechos rigurosamente reales. La viví hace treinta años, en la Isla de Tabarca, frente a la costa de Alicante.

Y entonces, el aire

Sandra Bennaceur



El eco de mis pasos sobre el mármol pulido era el único sonido en aquel palacio reconvertido. Al abrir los ventanales de madera crujiente, el aire salino del Mediterráneo inundó la habitación, mezclándose con el aroma a azahar que subía desde el jardín árabe.

Me senté en la butaca de terciopelo a observar cómo los últimos rayos de sol encendían las tejas de terracota del casco antiguo. No era solo un lugar donde dormir; era un refugio donde el tiempo se había detenido para dejarme respirar.

Al bajar al salón, el tintineo de las copas de cristal y la luz tenue de las lámparas de araña prometían una velada eterna. Aquella noche, bajo un techo de vigas centenarias, comprendí que la verdadera magia de España está en estos alojamientos donde vives sensaciones inolvidables.



Fue la habitación donde empezó el viaje

@aaleegaaa (instagram)

Llegamos al hotel después de semanas hablando de este viaje en notas de voz eternas.

Al abrir la habitación, dejamos las bolsas, mochilas y maletas en el suelo y nos miramos sin decir nada: por fin estábamos allí. Ese primer rato fue casi sagrado: abrimos ventanas y cortinas, música y risas antes de salir.

El hotel fue nuestro punto de partida y de regreso, el lugar donde nos arreglábamos contando el día y donde volvíamos cansadas pero felices. Entre el espejo del baño y la luz de la tarde, entendí que el viaje no era solo la ciudad, sino esa sensación de estar exactamente donde queríamos estar, juntas, sin prisas.



Nunca es tarde

Fernando Josa



Estaban en el lobby del hotel, cerca de la entrada, mirándose sin decir nada. De fondo, apenas se oía el traqueteo de maletas de clientes que estaban llegando. Ella tenía los ojos vidriosos —incluso se le escapó una pequeña lágrima— y, sin embargo, sonreía. Él intentaba mostrar entereza, pero sus labios temblaban ligeramente por la emoción contenida. Siguieron mirándose durante varios segundos que parecieron minutos, hasta que ella dio un paso al frente y lo abrazó.

Ambos lloraron, aunque fue un llanto contenido. Después de cuatro años, por fin había reunido el valor para acercarse a verlo. El primer año no quiso volver a Tenerife; después regresó, pero no fue capaz de alojarse de nuevo en el mismo hotel. El tercer año estuvo a punto de entrar, pero cuando ya estaba a unos metros tuvo que darse media vuelta. Por fin, en este cuarto año, decidió que no iba a dejarlo pasar más tiempo.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

—Por supuesto —contestó él.

—Quería darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por todo lo que hiciste —dijo ella, tomándole la mano.

—Siempre pensé que pude haber hecho más —respondió él.

—Para mí fue mucho.

Ella se había alojado en el hotel cuatro años antes con su marido. Una noche, de repente, él murió. Sin más. Ella quedó en shock, sin saber qué hacer en una situación así y en un país diferente. Él era el director del hotel y era la primera vez que se enfrentaba a algo parecido. Pasó toda la noche pendiente: atendiendo al forense, al juez, a la funeraria...

—Cuando me vio a la mañana siguiente —contó ella— me preguntó si había desayunado. Le dije que no y me regañó. Me puso una pulsera del “todo incluido” y me dijo que tenía que comer.

Él no recordaba aquello; en el fondo, también había sido un shock para él. Durante todos esos años se había preguntado si estuvo a la altura, si supo manejar la situación como era debido, si reaccionó correctamente con aquella mujer. Y ahora, cuatro años después, ella estaba allí dándole las gracias por algo que él ni siquiera recordaba.

—¿Volverá algún día al hotel? —Lo dudo —contestó ella—. No lo tome a mal. Me encanta Tenerife y seguiré viniendo, pero en su bonito hotel reviviría esa noche continuamente. Aun así, le agradezco a usted y a todo el personal lo que hicieron por mí aquel día. En el momento no lo aprecias, pero con el tiempo te das cuenta del valor que tienen el trato humano y los pequeños detalles en una situación así.

—Soy yo quien debe darle las gracias. Por molestarse en venir. Y por aclararme una gran duda que llevo años arrastrando.

Se miraron una última vez. Se abrazaron una última vez.

Ella le dio un beso en la mejilla, se dio media vuelta y se fue. A él se le escapó una pequeña lágrima y, sin embargo, sonreía.



Calma para una noche rota

Fernando Juan

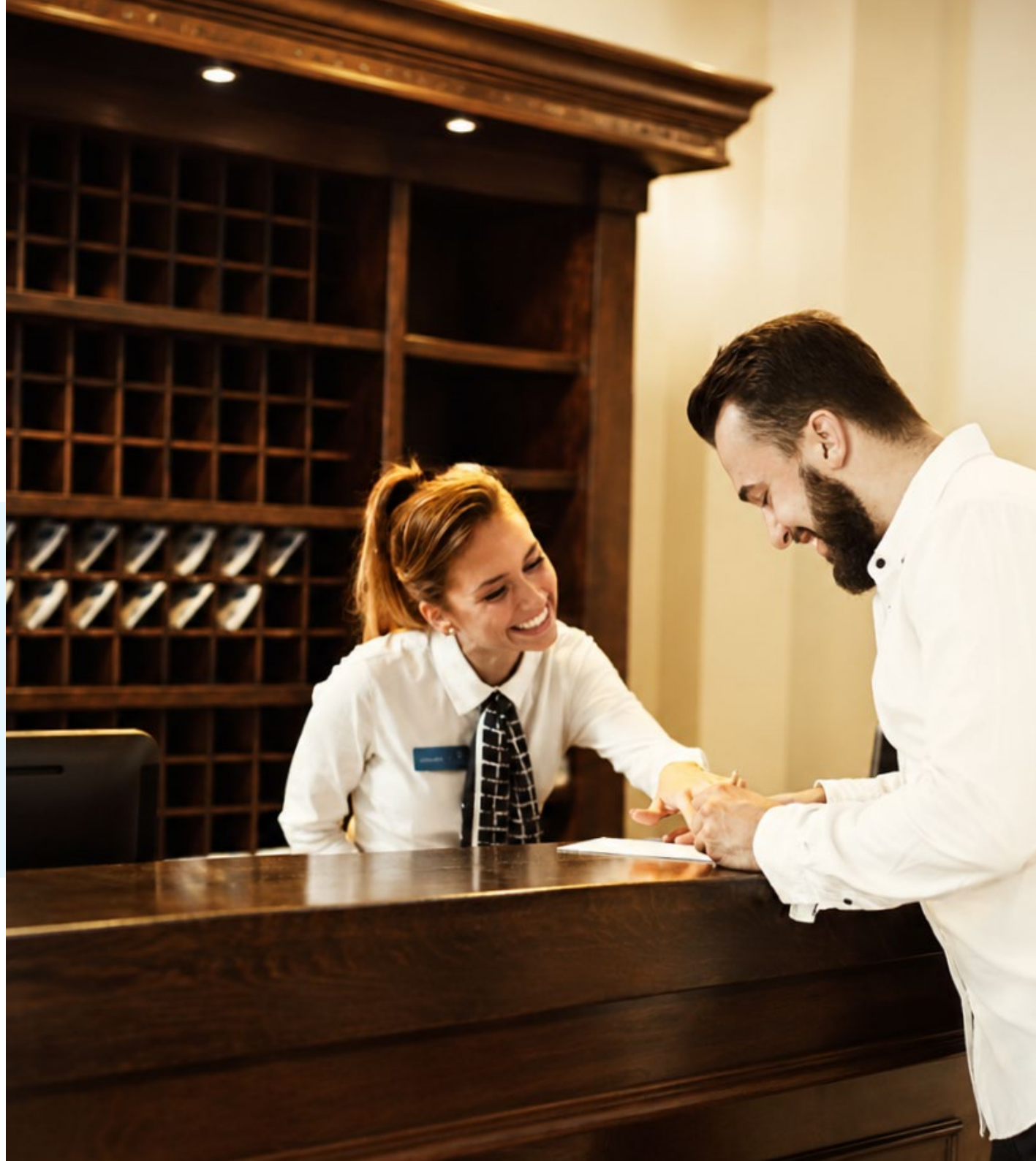
Llegué al hotel de madrugada, con la camisa pegada a la espalda por la lluvia y la derrota. El día había sido un desastre. Perdí el tren, reunión aplazada, discusiones inútiles y un teléfono sin apenas batería. Empujé la puerta giratoria como quien entra en un refugio sin estar seguro de merecerlo.

La recepcionista levantó la vista y no preguntó nada, solo sonrió, con una sonrisa que iluminaba la recepción. Lo primero positivo que veía en todo el día.

Me ofreció sentarme, desapareció un momento y volvió con un vaso de agua caliente entre las manos, como si fuera algo frágil. Mientras mi móvil revivía conectado a su cargador, ella tecleó despacio, con una calma que parecía contagiosa.

— Le he puesto en una habitación interior. No se oye la calle —dijo. Arriba me esperaba una luz suave, silencio y una nota escrita a bolígrafo: “Que mañana sea mejor que hoy.”

No solucionó mi vida, pero esa noche dormí como si alguien hubiera detenido el mundo durante unas horas solo para mí.



Nosotras, bajo un cielo desbordado

Paula Díaz



Hay hoteles que son el escenario donde la vida se ordena.

Recuerdo una llegada a un pequeño hotel en el norte, bajo una lluvia torrencial y con el ánimo algo gris. No era solo el cansancio del viaje, era un momento vital de cambios.

Al cruzar la puerta, el olor a madera y la sonrisa genuina de la recepcionista me hicieron sentir que, por fin, podía soltar la maleta y las preocupaciones.

Esa noche, frente a la chimenea del hall, tuve una de esas conversaciones con mi madre que se quedan grabadas: de las que curan. Descubrí que ese lugar fue un hogar temporal que me permitió detener el tiempo para volver a encontrarnos con quienes más queremos.



Entre ventanas y senderos

Laura

Llegué a una casa pequeña en la Sierra de Madrid, cerca del Valle del Lozoya, un viernes por la tarde en el que el cielo parecía cansado. No era exactamente un hotel; más bien una casa de piedra con seis habitaciones y un porche de madera que crujía al pisarlo.

Me recibió una mujer tranquila, de voz baja, que me llamó por mi nombre como si me conociera de antes. Su pareja apareció después, con la naturalidad de quien no tiene prisa por nada.

La casa olía a leña y a sábanas limpias. Todo era sencillo: muebles antiguos, libros usados, plantas que nadie parecía cuidar demasiado y que aun así seguían vivas. Nada desentonaba. Por las mañanas desayunaba sola frente a una ventana desde la que se veía la sierra desparezarse despacio. Después salía a caminar durante horas, siguiendo senderos que se perdían entre robles y silencio. Volvía con las mejillas frías y la cabeza un poco más despejada.

Por la tarde leía o escribía un rato, sin expectativas, mientras abajo sonaba alguna radio antigua. Nadie me preguntó demasiado. Nadie me pidió explicaciones. Era un lugar donde no hacía falta justificarse.

Allí entendí que pasar tiempo con una misma no es aislarse, sino hacerse espacio. Como esa casa: pequeña y silenciosa, pero suficiente para sostener algo importante. Y, durante unos días, eso fue más que suficiente.



Sal y un poco de coco

Ana Ferro

Me gusta sentarme junto al mar con un libro abierto, aunque a veces me quede diez minutos en la misma página. Leo, escribo alguna idea suelta y sostengo mi trago favorito del verano: una piña colada bien cargada. No sé si es el coco, el sol o la combinación de los dos, pero me cambia el día disfrutarlo.

Cuando ya he tenido suficiente calma, me enjuago la arena y me meto en la piscina. Y ahí me gusta quedarme un rato observando a la gente... familias y amigos riendo y aprovechando sus vacaciones. Esa mezcla de tranquilidad y vida pasando a mi

lado solo la encuentro en los hoteles. Para mí, es el plan perfecto.

Uno de mis recuerdos favoritos fue hace tres años, cuando me fui con mi mejor amiga a un hotel no muy lejos de casa. El segundo día, el camarero del bar de la piscina se dio cuenta de nuestro "pedido fijo" y empezó a prepararnos la piña colada tal cual nos gusta... un poco más cargada y con menos hielo. Llegó un punto en el que ya ni mirábamos la carta. Solo nos acercábamos, él nos veía venir, levantaba el pulgar desde lejos y nosotras ya nos estábamos riendo.



Nos pasábamos las tardes conversando como si nos conociéramos de toda la vida, alargando el día "cinco minutos más" e irremediablemente acabamos haciéndonos buenos amigos. Al final, yo creo que los mejores hoteles no son solo los que lo tienen todo, sino los que tienen personas que, con detalles así, te ayudan a crear historias que se quedan contigo.

Al final del camino

Germán Bueso

Era otoño y el viento soplaba fuerte.

Llegar al alojamiento fue un alivio por el cansancio de una jornada eterna.

Estábamos en mitad del Camino de Santiago y la afluencia de peregrinos era escasa así que prácticamente estábamos solos. El pulpo, el albariño y las risas hicieron de esa noche inolvidable.

Los alojamientos son así, pequeñas embajadas de la casa de cada uno donde siempre se es feliz.



El murmullo del arroyo

Beatriz Ruiz

Me despertó el arroyo, no el despertador. Bajé descalzo y encontré una piedra perfecta para sentarme. Alrededor, todo parecía combinar en una sinfonía mínima: hojas, agua y un pájaro insistente. Hice café y le ofrecí un sorbo al silencio. Un pescador pasó, saludó y me dejó su caña tiempo suficiente para entender que, a veces, viajar es elegir el lugar donde escuchas mejor. Me fui con la sensación de que aquel murmullo me había explicado cosas que no sabía formular.



El valle que cambia

Beatriz Inés

Llegué al hotel de Arties como quien entra en un sueño lento.

En invierno, la nieve caía del cielo como silencio blanco, cubriendo los tejados y mis pensamientos. La primavera despertó los bosques: los verdes subían por las laderas como una respiración nueva y los animales asomaban tímidos, curiosos. En verano, el aire fresco bajaba de las montañas y se colaba por las ventanas, ligero como agua clara. El otoño pintó los árboles de cobre y fuego; el cielo, más bajo, parecía abrazar el valle y despedirme.



Veranos que se quedan para siempre

Alejandro Gutiérrez

Cada vez que pienso en Almería, mi memoria vuelve al hotel.

Era julio, casi siempre a mediados de mes, cuando el verano estaba en su punto justo y los días parecían no acabarse nunca. Yo era pequeño y casi siempre iba con mi abuela, que hacía que todo fuera más especial, más tranquilo y más familiar.

El hotel para mí era enorme, casi como un mundo propio. Pasaba horas disfrutando de las instalaciones, sobre todo de los toboganes, que eran lo mejor del día. Subir una y otra vez, tirarme sin pensar y salir del agua riéndome, con esa sensación de libertad que solo se tiene cuando eres niño y no te preocupa nada más.

Por las tardes, después de tanto juego, todo se volvía más calmado. El calor bajaba un poco y el ambiente del hotel se llenaba de familias,

de conversaciones suaves y de ese olor a verano que ahora solo existe en los recuerdos. Mi abuela siempre estaba ahí, cuidando de mí, observándolo todo con esa sonrisa tranquila que solo tienen las personas que te quieren de verdad.

Hoy, cuando recuerdo esas vacaciones, no solo pienso en el hotel ni en Almería. Pienso en mi familia, en mi abuela, y en una etapa de la vida en la que todo era sencillo. El hotel no fue solo un lugar donde me alojé; fue el escenario de momentos que aún hoy me hacen sonreír y sentir nostalgia bonita. Un recuerdo que, pase el tiempo que pase, siempre seguirá siendo increíble.



Los cristales de Galicia

@cathybenna (instagram)

Llegamos al hotel después de varios días en carretera, con el cansancio acumulado y la sensación de ir siempre un paso por detrás del viaje. Lluvia suave y olía a Galicia. Un olor inconfundible: una mezcla de humedad, eucalipto y aire puro.

El hotel nos recibió con ese silencio que reconcilia. Dejamos las maletas y, por primera vez en días, no salimos corriendo a ver nada. Era de noche y decidimos aprovechar el hotel, el hall, los salones y una cena en un restaurante silencioso. Nos sentamos frente a la ventana y miramos cómo el agua dibujaba caminos en el cristal, mientras bebíamos y comíamos las delicias de esta tierra.



El hotel se convirtió en una pausa necesaria. Dormimos profundo, desayunamos sin reloj y hablamos de todo lo que habíamos visto hasta entonces. Afuera, el paisaje seguía ahí, esperando, pero dentro encontramos el ritmo que habíamos perdido. El personal nos recomendó rutas sin marcar, lugares a los que se llega despacio, como se viven los viajes de verdad.

Cuando retomamos el camino, lo hicimos distinto. No porque el destino hubiera cambiado, sino porque el hotel nos había enseñado algo esencial: que viajar no es acumular lugares, sino saber cuándo detenerse. Galicia nos regaló esa lección y ese hotel el espacio para aprenderla.



Hotel, dulce hotel

Elvira López



“Hotel, dulce hogar”. Eso decía mi padre. Se pasó la vida viajando por trabajo, durmiendo en mil lugares y conociendo diferentes culturas. Siempre llegaba a casa después de una de sus salidas, nos saludaba y abrazaba y yo, de pequeña, le preguntaba:

—¿Nos has echado de menos?

—Claro que sí, hija, mucho, pero los hoteles, a veces, también son hogar.

Yo no le entendía, ¿cómo un hotel podía hacerte sentir en casa?

Ahora que viajo por trabajo, siempre me acuerdo de él y su respuesta. Hoy sí le entiendo. Su filosofía era una forma de sobrellevar el alejarse de nosotras frecuentemente. Evitaba la resignación disfrutando de las pequeñas cosas.

Los hoteles también pueden ser hogar: cercanía del personal igual que vecinos de toda una vida convertidos en familia; cálida entrada en la habitación como en el salón de una casa invernal; desayuno copioso, más que los domingos de vuelta en casa de los padres; y, sobre todo, sábanas limpias al meterse en la cama como volver a dormir a casa de una madre. Estas sensaciones sólo pueden significar: hogar.



¿Volverás?

Violeta Fernández

Amanece. Abro la ventana de la cabaña de madera del hotel rural que fundé hace unos años. Decidí darle un giro a mi vida porque no podía sostener el estrés de la gran ciudad y me vine a este bosque, donde reina la armonía y la naturaleza nos abraza fuerte. Parece que hoy será un día cualquiera de este lluvioso marzo, pero a lo mejor es el gran día. Nunca se sabe.

¿Aparecerás esta tarde? ¿Quizás mañana? Si supieras que despierto con la esperanza de volver a verte, no tardarías tanto en regresar... O ¿quizás sí? Supongo que estarás liada con tus quehaceres.

Me asomo a la ventana. Y por fin, puedo verte.

Este año vienes acompañada y eso me produce mucha alegría. Bienvenida a tu nido, añorada golondrina.



Sinceramente te quiero así, tal como eres

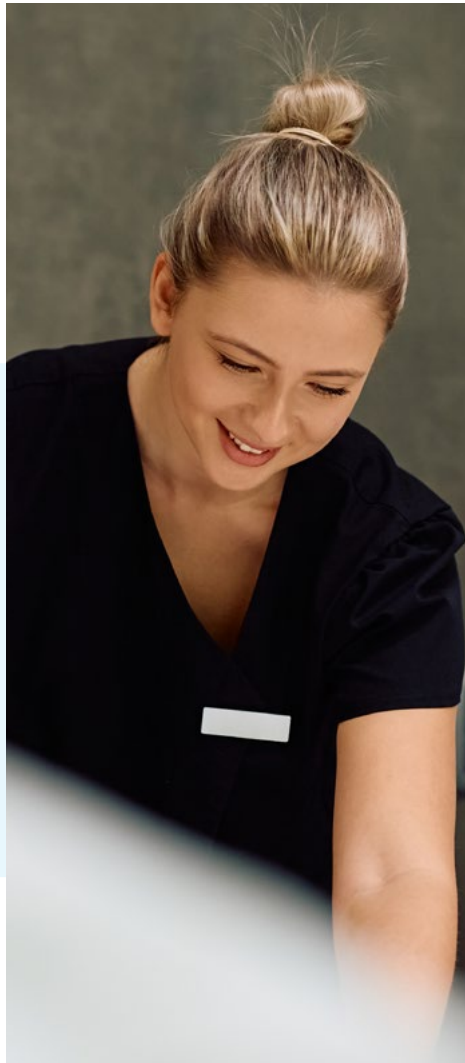
Paloma Nogales



La carroza de la charanga se detuvo delante de nosotros y nos regalaron 2 entradas para el concierto de David Otero del día siguiente.

Era el año 2005 cuando le conocí personalmente en el hotel donde trabajaba como Guest Relations; el Canto del Loco venía a tocar en las fiestas de Elche. Aquella estancia fue cuidadosamente preparada, las habitaciones fueron elegidas con detalle y tratamos de hacer que esas 2 noches fueran inolvidables para el joven grupo.

Año 2025, han pasado 20 años de aquella estancia. Mismo sitio, misma ciudad, Elche. Estamos en el concierto.



David Otero cuenta al público con emoción la historia de la canción que va a tocar a continuación. Recuerda aquella estancia en el hotel como algo memorable, mágico, pues esa noche, en aquella habitación del hotel, David Otero compuso la canción "Tal como eres" para El Canto del Loco.

Las personas que trabajamos en hoteles somos personas que acogemos personas, historias, emociones; y trabajamos por ser capaces de crear y sostener lo más valioso: los instantes que recordamos.

Diseño y maquetación:

THE
HIVE

Esta memoria se ha impreso en papel ecológico
con tintas biodegradables conforme a los si-
guientes certificados y sellos mediambientales:



Historias
que nos
unen



historiasquenosunen.com

[#HistoriasQueNosUnen](#) [#HotelesDeEspaña](#)

